

DIEZ SONETOS CLASICOS

He aquí la forma ideal y eterna de poesía. Los catorce versos en un poema constituyen la joya de perfección y la consagración definitiva de un poeta. Esos catorce versos distribuidos en dos cuartetos y dos tercetos constituyen la forma clásica del soneto.

Desde que Petrarca impone el endecasílabo y penetra este metro en España, a través de Garcilaso y Boscán, ha sido la forma preferida de filigramar el soneto, según la fórmula ideal para los cuartetos de ABBA-ABBA, que es la que hemos preferido para los aquí seleccionados.

Hemos escogido 10 soneto: cinco españoles y otros tantos dominicanos. Vienen, desde el siglo de oro español (con Góngora, Quevedo y Lope), el modernismo y post modernismo neo romántico. (con Díaz Ordóñez y Gladio Hidalgo), a los más modernos (con Lorca, Moreno, Miseses Burgos y Rueda).

Luis de Góngora Argote, "ángel de luz," fue el egregio creador de nuevos modos poéticos en el siglo de oro español. El gran lírico nos regala metáforas maravillosas, como esa que envuelven los versos 7o. y 8o., en el segundo cuarteto, al evocar el deleitoso órgano del beso profundo, encondido entre los dos labios de la amada, como una sierpe se esconde entre dos rosas.

Luego viene Francisco Quevedo y Villegas, el primer sonetista de amor — de desolado amor torturado e imposible —, que exalta igualmente el amor, la soledad y la muerte, con honda quejumbre y estremecimientos elegíacos. Estos son dos

sonetos de la desolación y la amargura decepcionante, ante una patria amada entrañablemente que se derrumba.

En cambio Lope de Vega Carpio, el gran triunfante, el gran genio de creación que sus contemporáneos llamaron "el fénix de los ingenios" y Cervantes calificó como un "monstruo de la naturaleza" viene a nosotros con un triste soneto simbólico, de un amor estremeciente que parece irse de nuestras manos.

Para Dámaso Alonso, Lope ha disfrazado, "según tradiciones muy queridas" sus propios angustiantes problemas con los personajes y elementos de la poesía pastoril," "Eles el pastor Belardo; el conde es de rango superior, el mayoral Alcino, pero mayoral de otro ható, mayoral extraño. Elena es el querido *mansomio*, como empieza otro hermosísimo soneto dedicado a este tema, la oveja especialmente amansada y enseñada para servir de guía al rebaño, y que viene muy sociable y amiga a lamer de la misma mano de su dueño su ración privilegiada de sal."

Remata la representación española con el gran poeta de la gracia y la alegría, Federico García Lorca, que se presenta, sin embargo, con un gran soneto elegíaco por la dolida muerte de un poeta amigo.

Entre los dominicanos el gran señor del verso elegante, post modernista y magnífico Virgilio Díaz Ordóñez, avanza con este "Presagio," que, en el decir de Carlos Federico Pérez "se percibe la anticipación de una larga trayectoria angustiada."

También post modernista, Gladio Hidalgo es un poeta triste, que anticipa con este soneto su muerte temprana y mísera, junto a la mujer ignorante y buena que con él marchitó su juventud.

Domingo Moreno Jimenes, el revolucionador del verso dominicano con su *postumismo*, no regala este soneto de su primera etapa, francamente clásico con esa alusión típica al dios ciego, el travieso flechero de la mitología griega, tan caro a los poetas renacentista.

Franklin Mises Burgos aparece con un soneto entallado en oro.

Mariano Lebrón Saviñón, en su "Historia de la Cultura Dominicana" (Tomo IV) lo glosa así:

"esa es su rosa: una luz capaz de encender el sol desde la frágil extremidad de su tallo, dicho todo a la ligera, en un correr de agua (correr de fuente iluminada es toda su poesía), en una serie de encabalgamientos que dan un nuevo ritmo al endecasílabo, tan magistralmente filigranado:

Rojos fanal en la delgada mano
del tallo
 que sostiene la sencilla
luz que prende su sol
 en la semilla
oscura de su hondo meridiano

La rosa parece en un lento resbalar por la delgada luz de un agua que se riza en las guijas, y en ese resbalar llega al climax de su verdad; porque la rosa, ese pequeño jirón de eternidad crecida no es otra cosa sino

Una herida
abierta y desangrándose en el aire

y cuando esa herida se cierra, no lo hace hacia el olvido, sino hacia la eternidad de un recuerdo subido siempre a perenne primavera."

De Manuel Rueda, poeta, folclorista, dramaturgo, compositor, concertista, nos dice Flérida de Nolasco: "Entre los poetas de más alta categoría podría figurar Manuel Rueda. La República, acaso, no había producido un artista de tan absoluta maestría en la factura del verso y tal vez no exagero al decir que es el único gran sonetista que hemos tenido a pesar de haberse escrito aisladamente sonetos muy buenos".

Vaya como ejemplo este raro y hermoso soneto, realmente antológico, que reproducimos.

1.— Soneto.

La dulce boca que a gustar convida
un humor entre perlas destilado
y a no envidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el Garzón de Ida,

amantes no toqueis, si quereis vida,
porque entre un labio y otro, colorado,
amor está de su veneno armado
cual entre flor y flor sierpe escondida

Nos os engañen las rosas que a la aurora
direis que aljofaradas y olorosas
se le cayeron del purpureo seno;

manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que luego mienten al que incitan ora
y sólo del amor queda el veneno.

Luis de Góngora y Argote.
(1561 — 1627).

2.— SONETO

¡Ah, de la vida! ¿Nadie me responde?
Aquí de los antaños, que he vivido:
la fortuna mis tiempos ha mordido,
las horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni dónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde!

Ayer se fue, Mañana no ha llegado,
Hoy se está yendo sin parar un punto;
Soy un fue, y un será y un es cansado.

En el Hoy y el Mañana y Ayer junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Francisco Quevedo y Villegas.
(1580 — 1645)

3 — SONETO.

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, y ví que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados
que con sombras hurtó la luz al día.

Entré en mi casa: vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo, y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada
y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuesen recuerdo de la muerte.

Francisco Quevedo y Villegas

4.— SONETO

Suelta mi manso, mayoral extraño,
pues otro tienes de tu igual decoro;
deja la prenda que en mi alma adoro
perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño
y no le engañen tus collares de oro;
toma en albricias este blanco toro
que a las primeras hierbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellociño
pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suéltalo y verásle si a mi choza viene,
que aún tienen sal las manos de su dueño.

Lope de Vega Carpio
(1562 — 1685).

5— A la muerte de José Cirias Escalante.

¿Quién diría que te vió y en qué momento?
¡Qué dolor de penumbra iluminada!
Dos voces suenan: el reloj y el viento,
mientras flota sin tí, la madrugada.

Un delirio de nardo ceniciento
invade tu cabeza iluminada.
Hombre, Pasión, Dolor de luz, Memento:
Vuelve hecho luna y corazón de nada.

Vuelve hecho luna, con mis propias manos
tiraré tus manzanas sobre el río
turbio de rojos peces de verano.

Y tú en la muerte, abandonado y frío,
olvídate y olvida el mundo vano:
delicado Giocondo, amigo mío.

Federico García Lorca
(1898 – 1936)

6.— PRESAGIO.

La marcha funeral de helado viento
cruza como un dolor la tarde fría
y un miedo que no es miedo todavía
alumbra como un cirio el pensamiento

Herido por un cruel presentimiento
el alma tañe su melancolía
y en una sombra densa de agonía
exprimo con afán mi sufrimiento.

Alma, triste bandera de derrota,
pobre remo partido, ala rota:
quisiste en tu ilusión más noble y fuerte

soñar sobre el harapo de la vida
lo que soñar debiste entumecida
sobre el seno materno de la muerte.

Virgilio Díaz Ordoñez
(1895-1968)

7- COMPAÑERA

Presentimiento azul de cataclismo.

Fuimos lo paralelo en la constancia,
yo, enredado en la red de tu ignorancia,
tú, ignorada en los bordes de mi abismo.

Y aunque no pudo ser: un espejismo
se forja de mi vida y tu fragancia.

Tú eres monja en el claustro de tu estancia.

Yo soy preso en la cárcel de mí mismo.

Y hemos de ir al azar, por dos caminos
bordados de silencios libertinos
cual dos malezas que atraviesa un puente;

bajo el rosal que nuestra selva aroma
hay serpientes con alma de paloma
y hay palomas con alma de serpiente.

Gladio Hidalgo.

(1912 — 1937).

8- SONETO

Maldije mi dolor, y, ciegamente
apuré los placeres de la vida,
a la luz de la luna enternecida
o enroscado en la fúlgida serpiente.

Tras cada ignoto anhelo o ansia ardiente
quedaba mi alma cándida sumida

en un mar de estupor, y enmustiecida
la flor de gasa y oro de mi frente

Hube de despertar, al fin, del sueño
y lejos de la senda del ensueño
vagué mil veces con la faz tediosa.

Más, a poco lancé mi alado ruego,
y herido por la flecha del dios ciego
fuí a implorar a la puerta de una hermosa.

Domingo Moreno Jimenes.

(1894).

9.- ROSA EN VIGILIA.

Rosa en vigilia que delira en vano
desde el alto silencio de su orilla.
Aurora vegetal que maravilla
más cerca de lo azul que de lo humano.

Rojo fanal de la delgada mano
del tallo que sostiene la sencilla
luz que prende su sol, en la semilla
oscura de su hondo meridiano.

Para ti la palabra iluminada
por donde alza plástica la vida
su soledad más viva y perfumada.

Ninguna forma igual a tu desgaire
para ser como tú, sólo una herida
abierta y desangrándose en el aire.

Franklin Mieses Burgos.
(1907 – 1976).

10.— EL AMOR JUNTO A LAS ESTATUAS.

Son cuerpos que se juntan, animales
en la sombra ya mansos de costumbre,
cuerpos ardidos que nos dan la lumbre,
alimentos de tumbas y arrabales.

Amor que refugiado en pedestales
hace una triste y conmovida herrumbre
como un polen eterno, una quejumbre
solicitando pechos inmortales.

Revive el bronce. Su feroz pupila,
como de aya nocturna que vigila
mueve el héroe en lo alto de su espada.

Hay un susto de carne desatada
y una gota de sangre que destila
se apresura cayendo hacia la nada

Manuel Rueda
(1921)